

GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Angel, *Intransigencia, exaltación y populismo. La política navarra en tres semanarios criptocarlistas (1913-1915)*, San Sebastián, Ed. Txertoa, 1994, 192 pp.

Angel García Sanz, cuya capacidad de trabajo es bien notoria, nos obsequia periódicamente con una nueva obra. Al margen de sus aportaciones a la demografía histórica, sus libros sobre la política navarra de los siglos XIX y XX van siendo un material inestimable e imprescindible para reconstruir la historia contemporánea de la comunidad foral. A *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración (1990)*, *Caciques y políticos forales. Las elecciones a la Diputación de Navarra 1877-1923 (1992)* y *La Navarra de la Gamazada y Luis Morote (1993)*, viene a sumarse este trabajo que aquí presentamos: *Intransigencia, exaltación y populismo. La política navarra en tres semanarios criptocarlistas (1913-1915)*.

Esta obra, todo un ejemplo de la utilidad de la prensa como fuente de la historia, aporta nuevos datos sobre el carlismo navarro en la crisis de la Restauración. Y si sobre el carlismo en guerra parece que queda mucho todavía por precisar, el carlismo en tiempos de paz sigue siendo casi un desconocido. No obstante es quizás en esta situación «de normalidad» en la que, como fenómeno social y político, puede presentar mayor interés.

No hay duda que la importancia histórica del carlismo después de la primera guerra consistió en actuar como fuerza movilizadora de las clases populares cuando los sectores más conservadores, ante avances secularizadores y democratizadores, veían «su orden» en peligro. Tal sucedió en la segunda guerra carlista y en julio de 1936. La religión, con toda su carga emocional, funcionó como banderín de enganche y fuerza cohesionadora, y explica, en última instancia, el interclasismo carlista. La pregunta que lo anterior sugiere es precisamente la de cómo funcionaba ese interclasismo en épocas de normalidad.

El interés de la obra que comentamos estriba, precisamente, en poner de manifiesto la apuesta carlista por el sindicalismo católico libre, «libre» de ingerencias patronales, reivindicativo y de clase, que bien pudo haber introducido la tensión en un partido interclasista. Aunque su autor no constata enfrentamientos en el breve período de tiempo estudiado, hay datos para pensar que estuvo en el origen de la escisión de 1919 en la que abandonaron el «jaimismo popular» los carlistas más conspicuos para irse con Vázquez Mella.

Los tres periódicos que estudia Angel García Sanz: *Joshe Miguel*, *Akelarre* y *El Duende* se suceden en el breve período de tiempo de 1913 y 1915, entre la VI Semana Social, que tuvo lugar en Pamplona en 1912, hito decisivo en el giro del asociacionismo católico y la fundación del primer Sindicato Católico Libre, también en Pamplona, en agosto de 1915. Las campañas de estos tres periódicos, sobre todo el último, para divulgar y promocionar las ideas expuestas en la VI Semana por el padre Gerard y crear un ambiente propicio para

la fundación de los sindicatos libres, según concluye el autor, debió de ser decisiva.

El hecho de que los tres periodicos se presentasen como independientes induce a pensar que se trataba de una iniciativa al margen, incluso en contra de la política oficial del partido. No fue así. No sólo fueron tolerados sino también celebrados por el órgano oficial de prensa carlista. *El Pensamiento Navarro* ya había apoyado con entusiasmo en 1912 las tesis del Padre Gerard y del sindicalismo libre en 1912 y seguía animando en 1915 a los obreros a que se defendiesen «de las garras de muchos patronos que quieren chuparles la sangre». *La independencia*, junto al anonimato en que se escudaban sus autores, permitía mayores dosis de osadía y agresividad que las habituales, y combates más comprometidos que no consideraban prudente librarlos en la prensa oficial.

El sindicalismo católico libre fue iniciativa carlista para dar respuesta a sus bases obreras, incluso no obreras pero sensibles a las reivindicaciones de éstas, entre los que se encontraban buena parte de sus juventudes y del clero afín a sus ideas. Contó con la enemiga de la oligarquía local que lo combatió enérgicamente desde *Diario de Navarra*, periódico conservador que en aquel momento apoyaba el maurismo; y desde *La Tradición*, el órgano de expresión de los integristas, que a su vez patrocinaban La Conciliación, ejemplo del asociacionismo católico mixto. Con ello apunta la diferencia, más que doctrinal, sociológica, entre carlistas e integristas.

Este carlismo «social» aunque enlazaba con su tradición antiliberal y anticapitalista del carlismo, no dejaba de originar las contradicciones propias de un movimiento tradicional que se enfrenta con un problema moderno: la eufemísticamente llamada «cuestión social». Y si es cierto que en última instancia el sindicalismo libre lo justifican como «baluarte del catolicismo ante las amenazas del socialismo» y «contra el peligro del sindicalismo rojo que descris-tianiza» —y en esto sintonizan con la misma razón de ser del carlismo— desde el momento que presentan al patrono como enemigo del obrero, no sólo chocan con el ideal de fraternidad cristiana, sino que al aceptar implícitamente la idea de conflicto social, echan por tierra el principio de armonismo social defendido por el propio tradicionalismo y el catolicismo social dominante.

Los carlistas «libres» trataron de solucionar el problema del obrerismo en tierra católica y hacer compatible su cultura religiosa tradicional con su nueva conciencia social. Pensaban que políticamente se podía seguir siendo carlista aunque sindicalmente se coincidiese con la Federación socialista. No debió de resultar tan fácil en la práctica, y ello explica las vacilaciones y ambigüedades.

El «giro social» no resultó rentable para el carlismo. En los primeros años del siglo en los que la cuestión religiosa ocupó un lugar central en el debate político los carlistas, que se autoproclamaban con razón la guardia civil de la Iglesia y eran el único partido de derechas con base social respetable aunque delimitada geográficamente, contaron con la protección oficial y el respaldo de

las fuerzas conservadoras. En Navarra ello le permitió hacerse con el poder provincial desde 1905. Precisamente cuando la cuestión social desplazó a la religiosa en la atención central de la política, las veleidades sociales del carlismo le situaron al otro lado de la frontera; se vió en él un obstáculo para la unión de las derechas contr la amenaza socialista y perdió la protección oficial. En parte facilitó también la ofensiva conservadora para desalojar a los carlistas de la Diputación. En este caso, el conflicto tenía más que ver con la forma de administrar el Fuero. En el intento carlista de crear un impuesto sobre utilidades de entidades bancarias para aliviar la fiscalidad de la propiedad rural es posible encontrar una de las claves explicativas a la ofensiva.

Si el «giro social» puede presentarse como una innovación en la trayectoria carlista, es manifiesta la continuidad que se observa en los esquemas mentales y en el lenguaje. El carlismo sigue pretendiendo el monopolio de la verdad absoluta, del catolicismo auténtico y predicando la «santa intransigencia» contra todo lo que no sea carlista. La agresividad del lenguaje y la sustitución del argumento por el insulto no sorprende tras advertir los subtítulos de las publicaciones: «limpia ... y da palos» reza el de *Akelarre*, mientras *El Duende* se pretende «censor de horca y cuchillo». Los del *Diario de Navarra* son, para estos carlistas anónimos, además de *odiosos burgueses, caciques y capitalistas, neojudíos, semitas., farsantes y fariseos*; los nacionalistas vascos, *cerdos separatistas, gorrinos, puercos, reptiles inmundos ...*; y Pío Baroja *un animal que debía estar en la pocilga*.

Es contra los nacionalistas vascos o *napartarras* contra los que estos carlistas anónimos lanzan sus dardos más afilados. La aparición en Navarra de un nuevo partido confesional vino a aumentar la competencia en el espacio electoral católico, ya compartido hasta entonces, cierto que de forma ventajosa, con los integristas. Si además este partido posiblemente por su más sincera «integridad» religiosa, les comienza a arrebatar juventudes y clero y compite con ellos en el control de los Centros Obreros, explica los anteriores calificativos y, lo que es todavía mucho más grave y sorprendente! las acusaciones de «tibieza religiosa», «anchura de mangas», incluso, ... ¡de «ateísmo»!

La lectura de una obra no sólo aporta nuevos conocimientos e interpretaciones de los hechos, sino que también sugiere el interés por profundizar en otros. Al concluir *Exaltación, intransigencia y populismo*, pienso que merecería la pena ampliar la investigación sobre esa experiencia, cierto que breve en el tiempo, del «jaimismo popular» ligada al sindicalismo católico libre, para calibrar su verdadero alcance y la tensión que originó en el seno de la Comunión tradicionalista. Pero, quizás, tendría mayor interés todavía, un estudio del lenguaje y de las formas de expresión carlista a lo largo de su historia. En un trabajo semejante, y dada la presencia de excepción y la duración que el carlismo ha tenido en Vascongadas y Navarra, quizás encontraríamos explicación a algunas peculiaridades de nuestra cultura política actual.